

LAS ÚLTIMAS HORAS DEL MADRID REPUBLICANO

levanten bandera blanca donde ataque el enemigo y se entreguen sin lucha.

Gritos de indignación y rabia acogen la orden, tan inesperada como sorprendente. Salgado, que llega en estos momentos, trata de serenar los ánimos encrespados con una explicación de lo sucedido en la reunión del Consejo de Defensa. De admitir su versión, González Marín y Val trataron por todos los medios de hacer prevalecer el criterio libertario de resistencia, pero fueron derrotados por republicanos, socialistas y militares.

—No fue sólo Besteiro quien votó en contra —afirme—, sino Casado, Mlaja, Carrillo, San Andrés, Del Río y Antonio Pérez.

Apoyan su negativa en la seguridad de poder evitarse la temida inmolación de millares de antifascistas. En el curso de los debates que proceden a la orden dada por radio, Casado por un lado y Besteiro por otro aseguran firmemente que existe un acuerdo tácito con los mandos adversarios para permitir la evacuación de cuantos quieren expatriarse.

—La ocupación de la zona republicana —sostienen en el Consejo— se hará por etapas. Habrá barcos para todos y nadie se quedará en tierra contra su voluntad. Los nacionales no llegarán antes de quince días a Valencia, Alicante, Cartagena y Almería. En Madrid tendremos una semana de tiempo para que pueda marcharse todo el mundo con entera tranquilidad.

—Eso no se lo creen ni ellos ni tú! —Interrumpo violento a Salgado, que nos da la explicación—. Después de la orden radiada esta noche, mañana no quedará un sólo soldado nuestro en ninguno de los frentes.

Mi fácil vaticinio se cumple al pie de la letra. Como consecuencia, si en la jornada del domingo, aun tropezando con algunos núcleos de resistencia, el enemigo puede avanzar veinte o treinta kilómetros en Extremadura, el lunes puede hacerlo con la velocidad que se les antoje en cualquiera de los frentes de la zona Centro-Sur. La orden radiada por el Consejo Nacional de Defensa acaba con toda sombra de resistencia.

Como cualquiera podía prever la víspera, los soldados no aguardan el ataque del enemigo para abandonar armas y trincheras. En Madrid mismo se produce a mediodía una desbandada en el frente del Jarama. El Consejo Nacional de Defensa trata de hacerles volver a los frentes.

Pero la catástrofe ha llegado sin que pueda evitarla nadie a estas alturas. Sin esperar órdenes del Con-

sejo, las cárceles han quedado vacías; los miles de refugiados en las Embajadas pululan libremente por las calles e incluso aparecen aquí y allá algunas banderas monárquicas sin que guardias ni policías, más preocupados por su suerte personal que por otra cosa, hagan nada por retirarlas. Al anochecer se quiere restablecer a la desesperada una situación bélica destrozada por la orden de la víspera. Circulan rápidas y enérgicas consignas y numerosos enlaces salen de Hacienda con órdenes tajantes para jefes y comisarios de los distintos sectores. Militares de uniforme y destacados militantes de los partidos políticos y las organizaciones sindicales corren a los puentes de Toledo y Segovia, a las calles cercanas a la Universitaria para contener la desbandada. En mítines improvisados hablan a los soldados para que vuelvan a empuñar las armas. Pero la radio —interrumpidas sus emisiones durante media tarde por un corte de energía que nadie sabe si se debe a avería o sabotaje— se quiere secundar la acción de los oradores callejeros y por espacio de dos horas se suceden las órdenes, las arengas e incluso las súplicas. Al final, se anuncia oficialmente que se ha conseguido restablecer la situación con la vuelta de los soldados a los frentes.

Pese a todas las seguridades del Consejo Nacional, durante todo el día se forman grandes caravanas de coches que corren hacia Levante. En la noche del 27 al 28 se produce un verdadero éxodo. Millares de camiones y coches llevan hacia Valencia a una masa enorme de fugitivos. Varios centenares de ellos conseguirán salvarse en los barcos de evacuación que salen de los puertos levantinos a lo largo de la jornada del 28 de marzo.

Algunos aguantamos aún. Yo tengo la obligación —más moral que material— de permanecer en mi puesto hasta el último segundo, sin que pueda servirme de excusa que la Redacción en pleno de algún periódico haya huido hace cuatro días ni que en la noche del lunes 27 no aparezcan ya la mitad de los diarios vespertinos madrileños. "Castilla Libre" sale en la mañana del 28 de marzo, cuando Madrid está ya en manos de la quinta columna, considerablemente engrosada por los que corren en ayuda del vencedor, acaso para hacerse perdonar actuaciones pasadas. Consigo salir de la ciudad cerca ya del mediodía del martes y llegar hasta Valencia primero y Alicante después; pero llevo cuando ya han zarpado los últimos barcos, como les sucede a millares y millares de antifascistas, todos los cuales conocerán muy pronto las "dulzuras" de una larga represión en que una mayoría perderá la juventud o la vida, cuando no ambas cosas a un tiempo. ■

E. DE G.

SALTES

